CAPÍTULO X.

El combate que se traba en el corazon de María entre el amor á la vida de su Hijo y el amor á la salvacion de los hombres, figurado por la lucha de los dos gemelos en el seno de Rebeca. Generosidad con que Ella da al segundo amor la preferencia sobre el primero. Su fortaleza admirable durante la agonía de su Hijo; Ella renueva la ofrenda que habia hecho de su vida por la redencion del mundo. Pintura sublime que hace San Pablo del Calvario; papel importante que en él representa María. La madre que en el juicio de Salomon cede á su rival su propio hijo para no verle morir, es una figura de este misterio.

La muerte de un hijo único, decia un antiguo escritor, es un golpe tan violento, un dolor tan agudo y una herida tan cruel, que quita las fuerzas, abate el valor, desmiente la prudencia y eclipsa la reflexion. En una circunstancia tan desconsoladora, una imágen de profunda tristeza se eleva del fondo del corazon, marchito por el dolor, y suspende en cierto modo el ejercicio de la razon. El espíritu, así turbado, queda sin guia, abandonado á su propio dolor, y se busca en vano á sí mismo, sin poderse encontrar. El no es ya dueño de dominar un sentimiento tan violento ni de sostener una pérdida tan grande, sin dejar conocer exteriormente su afliccion, léjos de poder mirarla con calma. Pues bien, jamas se vió un hijo único más digno que Jesucristo, jamas se vió una madre más tierna que María. Por esta razon, dice San Bernardo, jamas la muer-

te de un hijo debió ser más dolorosa ni más desgarradora para el corazon de una madre (1). La vehemencia de su amor fué la medida de la vehemencia de su dolor; y como jamas existió un amor más tierno, más fuerte ni más vehemente, tampoco existió un dolor más agudo, más profundo ni más intenso (2).

Pero á la impetuosidad de este amor á un Hijo que es su Dios, siente María oponerse en su corazon otro amor, no ménos impetuoso y violento, hácia los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan en el corazon que los contiene, como los dos gemelos luchaban en el seno de Rebeca (3). Lo que un amor busca, el otro lo huye; lo que un amor pide, el otro lo aborrece. No se puede satisfacer al uno sin sacrificar al otro. Sus intereses son contrarios, así como sus objetos son diversos. María no puede pedir la salvacion de los hombres sin querer la muerte de su Hijo, ni puede pedir la vida de su Hijo sin consentir en la perdicion de los hombres. Querer la salvacion del mundo y la muerte de su Hijo es una cosa muy dolorosa; querer la vida de su Hijo y la perdicion del mundo es una cosa muy cruel. ¡Qué guerra, qué lucha, qué combate de dos amores vehementes en un mismo corazon (4)!

La esposa de Isaac, no pudiendo ya sufrir la guerra

(1) Non fuit talis filius, non fuit talis mater, non fuit dolor tantus. (*S. Bernard.*)

(2) Quanto dilexit tenerius, tanto vulnerata est profundius. (*Ibid.*)

(3) Collidebantur in utero ejus parvuli. (*Genes.*, XLV, 22.)

(4) Collidebantur in utero ejus parvuli. (*Ibid.*)

que estos dos gemelos se hacian en su seno, se abandona á los gemidos, á los sollozos y á las lágrimas. ¡Ah, decia ella, si yo me habia de ver reducida á este estado, si habia de costarme tan caro concebir hijos, cuánto mejor me hubiera sido no verme en estado de llegar á ser madre (1)! ¡Con cuánta más razon no podia exclamar María de este modo: ¡Ay! ¿De qué me ha servido concebir el Verbo de Dios, si debia verle con mis propios ojos sufrir una muerte tan cruel? ¿De qué me ha servido ser la más dichosa de todas las mujeres, si debia verme la más afligida y la más desolada de todas las madres (2)?

Pero no; si Rebeca, instruida por un oráculo divino de que, segun los decretos de la Providencia, el mayor de sus hijos debia de servir al menor (3), dió á aquel la preferencia en su amor (4), María, por su parte, sabe que Dios, como el mismo Jesucristo lo ha declarado, decretó que su Hijo serviria á los hijos de los hombres y seria sacrificado por su salvacion (5). Ella no se queja, Ella no llora por la crueldad de su suerte; Ella consiente en que el último de sus hijos se eleve sobre el primero, en que su propio Hijo por naturaleza sirva á los que sólo lo son por adopcion y sea

(1) Si sic mihi futurum erat, qui necesse fuit concipere? (*Génesis*, XLV, 22.)
(2) *Ibid.*
(3) Major serviet minori. (*Ibid.*, XXV, 23.)
(4) Rebecca diligebat Jacob. (*Ibid.*, 28.)
(5) Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam in redemptionem pro multis. (*Matth.*, XX, 28.)

víctima por la salvacion de ellos. En su corazon, presa del abatimiento, de la tristeza y de la division, el amor de la salvacion del mundo obtiene la preferencia sobre el amor de la vida de Jesucristo. Y este deseo de la salvacion del mundo adquiere sobre Ella tal imperio, tal preponderancia y tal fuerza, que sobrepujando, por decirlo así, al deseo de la vida de Jesucristo, le hace sufrir, dice un santo padre, la muerte de Jesucristo con una especie de gozo secreto, en consideracion á la salvacion de los hombres (1).

Pero la muerte de su Hijo no es un acontecimiento instantáneo; esta muerte ignominiosa y cruel es precedida de una agonía igualmente cruel y dolorosa. El cielo y la tierra parece que conspiran de comun acuerdo para amargar los últimos momentos del Hombre-Dios. Desde lo alto de la cruz, en la que Jesus está bárbaramente clavado como en un patíbulo cruel, en medio de los tormentos más atroces, de las angustias interiores más desgarradoras, eleva hácia el cielo la voz de su afliccion y el grito de su dolor, como para pedirle un consuelo que la tierra le niega. ¡Ay, Padre santo, justo y misericordioso, Vos no reconoceis ya á vuestro Hijo! Por otra parte, el infierno desplega contra el Señor crucificado todo su furor: escribas y fariseos, pueblo y magistrados, judíos y romanos, todos se recrean cruelmente en esta escena de dolor, y en los arrebatos de su odio ciego y de su goce feroz, pro-

(1) Tanta fuit Mariæ charitas, ut quasi gaudenter sustinuerit mortem Filii propter salutem generis humani.

rumpen en blasfemias afrentosas, en provocaciones insolentes y en burlas amargas, despechados de ver que la mansedumbre de Jesucristo es mayor que la barbarie de ellos, que por lo mismo no tiene límites, y de que El es más paciente para sufrir, que ellos inhumanos y bárbaros para atormentarle. María, que se encuentra allí, oye los sangrientos ultrajes y los insultos sacrílegos que hacen á un Dios que es su Hijo, y á un Hijo que es su Dios.

Al traves de la pálida luz que los astros medio apagados dejan descender sobre la tierra deicida, contempla Ella aquel cuerpo sagrado, cubierto de llagas, débil y sin fuerzas, desfigurado por los tormentos y atravesado con los clavos; Ella ve sus labios cárdenos, sus mejillas descoloridas, sus ojos apagados y cargados por el sueño de la muerte, y la sangre que mana lentamente de sus heridas. Ella escucha el lánguido sonido de su voz moribunda, los tristes gemidos, los hondos suspiros de su santa humanidad desolada, y á punto de entregar en medio de los tormentos su alma sumergida en el dolor y la afliccion. Y María siente, á su vez, que el amor reproduce y repite en el fondo de su corazon las angustias interiores que abaten el espíritu y los tormentos atroces que desgarran los delicados miembros de Jesus. Así lo piensan la mayor parte de los padres, con San Bernardo (1).

Sin embargo, Ella no vuelve el rostro, Ella no apar-

(1) Quod Christus in corpore, beata Virgo in corde perpessa est. (*S. Bernard.*)

ta la vista de esta escena trágica, de este objeto de dolor; pero, hecha superior á Sí misma, dice un intérprete, manifiesta en la actitud firme, majestuosa é inmoble de su Persona, toda la elevacion y la nobleza de su alma, y se eleva hasta Dios. Colocada entre la admiracion y el dolor, entre la compasion y el amor, permanece absorta en la contemplacion del gran misterio de la bondad de un Dios crucificado por la salvacion del hombre (1).

La vista de un hijo, y de un Hijo tal, agonizando, sumergido en un océano de oprobios, de amarguras y de tormentos, es dolorosa, es cruel, es insoportable para una madre. Mas la religiosa atencion de esta Madre se fija más bien en el fin á que se dirige el sacrificio de su Hijo que en el rigor de los medios que se emplean para llevarlo á efecto, y las ventajas inmensas que deben resultar de él al género humano casi le hacen olvidar los agudos dolores que Ella misma siente, y complacerse en ellos (2).

Entre tanto San Juan gime, la Magdalena se deshace en lágrimas; aquel tiene el corazon de un discípulo, y ésta el de una hija. María tiene el corazon de una madre, pero Ella es Madre de Dios, y por consiguiente sostendrá con honor esta dignidad tan sublime. Ella ama á Jesus como á su Hijo, pero le ama

(1) Corpore excelsa, animo excelsior spectans et admirans magnum pietatis sacramentum, Deum in cruce. (*S. Bernard.*)

(2) Lætabatur dolens quod sacrificium offerebatur in redemptionem omnium. (*Ibid.*)

mucho más como á su Dios. Ella le ama como El quiere ser amado. El Padre y el Hijo no sólo son el objeto, sino tambien la regla y el modelo de su amor. Su amor es ciertamente el más natural, el más legítimo, el más vivo y el más ardiente, pero tambien es el más puro y el más elevado de todos los amores; él está ennoblecido por la santidad y la majestad del principio de donde procede, él está marcado con el sello de la divinidad del Padre, de quien Ella es Hija, de la divinidad del Hijo, de quien Ella es Madre, y por lo mismo es en todo conforme al uno y al otro (1). Su amor, por consiguiente, rehusa manifestarse en el exterior por medio de los gemidos, y consolarse por medio de las lágrimas; él domina y hace callar todos los sentimientos naturales, en consideracion á las disposiciones sobrenaturales (2).

Ademas, en tanto que todas las criaturas gimen á vista de los insultos y de los tormentos que sufre el Criador; en tanto que la naturaleza, turbada y consternada, suspende el curso de sus leyes y amenaza volver á la nada; en tanto que el sol mismo, horrorizado, se oscurece en medio del dia y rehusa alumbrar un crímen tan enorme; en medio del luto general y del trastorno universal, sola María, absorta más bien en la consideracion de la caridad divina, cuyo ejemplo tiene á la vista, que en el acontecimiento trágico que

(1) Ut in omnibus conformis esset Patri et Filio.

(2) Amor Dei in ea tantum prævaluit, ut omnem humanum affectum devinceret.

la priva de su Hijo, asiste inmóvil á este espectáculo desgarrador, en una actitud majestuosa, con una tranquilidad heróica y una resignacion perfecta (1). En medio de tantas angustias como inundan su corazon, permanece en una actitud tan majestuosa, en un recogimiento tan profundo, en un silencio tan religioso, que deja estupefactos á todos cuantos saben que Ella es la Madre del Hombre que muere enclavado en la cruz (2).

Pero si sus labios guardan silencio, no sucede lo mismo á su corazon. A medida que la muerte de su Hijo se aproxima, la intensidad de su dolor se aumenta; pero con su dolor crece tambien su amor. Cuanto más sensible es para Ella el sacrificio de su Hijo, tanto más ardientemente desea que se consume; y cuanto más profundamente es herido su corazon, tanto más inflamado está de amor. En medio de las llamas y de los accesos de la caridad santa, de la caridad celestial que del corazon mismo de Dios desciende al alma de María, se vuelve Ella al Padre celestial y le dice: «Padre justo, Padre misericordioso y clemente, no mireis lo que Yo sufro. Yo soy Madre, es verdad, y Vos sabeis la guerra que mi amor hace dentro de mi corazon; pero ¿no sois Vos igualmente su Padre? El es el fruto de mis entrañas; pero ¿no es tambien la imágen de

(1) Omni creatura in morte Filii gemente, ipsa sola cum Divinitate immovilis.

(2) Stupebant omnes qui noverant hujusmodi hominis matrem, quod etiam in tantæ angustiæ pressura silentium servaret.